

# LA OLIMPIADA DEL FÜHRER

Por RONALD BRYDEN

El verano de 1936 marcó el cent de la aceptación del Régimen nazi en Alemania y fuera de ella. Probablemente en ningún otro momento de sus doce años de Historia fue el Tercer Reich tan admirado por los alemanes y por el resto del mundo. Medio millón de visitantes (ésta fue la cifra estimada) afluyó hacia Berlín para presenciar los Juegos Olímpicos.

«Como testigo de los sorprendentemente espectaculares Juegos Olímpicos —escribió a «The Times» el quinto Lord Decies—, he salido de Berlín con la impresión de que ha brotado en Alemania una nueva raza de jóvenes enérgicos y viriles dispuestos a ir a cualquier parte bajo las órdenes del Führer».

El corresponsal de la BBC, Desmond Barrington Hudson, escribió refutando las acusaciones de profesionalismo entre los atletas germanos: «La espléndida organización del deporte en Alemania no ha privado a los alemanes del espíritu deportivo que tenían antes de contar con un Ministerio de los Deportes».

Lord Beaverbrook invitó a un grupo de personas a asistir a los Juegos y, en el mes de septiembre, el «Daily Express» concedió espacio a Lloyd George para describir una visita a Hitler, en Berchtesgaden, concertada por el recientemente nombrado embajador alemán en Londres, Ribbentrop. «Un líder nato —dijo Lloyd George a los lectores del «Daily Express»—. Una personalidad magnética y dinámica con un objetivo definido, en el que no se incluye el deseo de «invadir» cualquier otro país».

Incluso hoy, el berlinés corriente de edad madura que ha hecho todo lo posible para pretender que jamás existieron los años de Hitler, reconocerá que el verano de 1936 fue uno de los mejores de su vida. En las librerías se venden todavía volúmenes «souvenir» de las Olimpiadas y el grandioso Estadio de Werner March sigue siendo —al igual que el aeropuerto de Tempelhof— casi los monumentos supervivientes de aquellos años —un tema favorito de las tarjetas postales.

La Olimpiada de Berlín fue el mayor éxito de la propaganda nazi. Vale la pena estudiarla como el punto focal o la intersección de ciertas ideas y actitudes de la década de los años

Los Juegos Olímpicos de 1936, en Berlín, fueron una obra maestra de la propaganda. El mito hitleriano de la "raza de señores" de Alemania como una nueva y mejor Hélade se exhibió ante una asombrada Europa (aunque lo quebrara el retoño de una "raza inferior" llamado Jesse Owens). La Olimpiada fue concebida al estilo de las concentraciones de Nuremberg, donde el dragón humano —la visión hitleriana del poder nazi— se desplega con toda pompa al paso de la oca. Faltaban ya pocos años para el comienzo de la matanza. Ronald Bryden escribe acerca del Hitler de esta época.



«La Olimpiada de Berlín fue el máximo éxito de la propaganda nazi». De airearla se encargó el film realizado por Leni Riefenstahl.

treinta, que hicieron posible el éxito de tal propaganda. No todos los distinguidos e influyentes peregrinos que acudieron a Berlín, aquel verano, eran tontos o se dejaron engañar. Respondían al espectáculo de los Juegos, porque éstos encarnaban ciertas creencias, universalmente extendidas en su época, acerca del deporte, el nacionalismo y el orgullo humano. Fueron un éxito propagandístico porque mostraron a la nueva Alemania nazi, realizando de modo superlativo cosas que la mayoría de las naciones creían que valía la pena hacer.

Pero la Olimpiada también debe ser materia de estudio, como ejemplo supremo de la manera en que el Régimen nazi creó una aceptación de sí mismo; como la obra maestra del Tercer Reich en la técnica de la persuasión. Se ha convertido en un lugar común el considerar a la era nazi como un tipo de catástrofe natural: como una erupción de los más oscuros instintos humanos, en la que una parte de la personalidad humana, suprimida e ignorada, durante una centuria de optimismo liberal, tomó su desquite destruyendo en una funesta explosión de violencia y sadismo la civilización que un siglo había construido. De un modo general, puede considerarse esta creencia como una manifestación de pereza mental: una forma de sustraerse al esfuerzo de conocer hechos complejos y horribles.

Existen pocas dudas acerca del hecho de que la Olimpiada formaba parte de un plan político, diseñado por Hitler al mismo mes en que llegó al Poder. En la noche del 30 de enero de 1933, al dirigirse por radio al pueblo alemán, después de ser nombrado Canciller por Hindenburg, pidió un plazo de cuatro años de prueba para sí mismo y para su Partido. «Sólo cuatro años para nosotros y después juzgarán y sentenciarán los demás. No huiré. No trataré de escapar a la sentencia». En diversas ocasiones, durante la posterior campaña electoral, repitió estas palabras.

## MONUMENTOS PARA UN MILENIO NAZI

Sin embargo, hasta que pudo arriesgarse a restablecer las fronteras de Alemania, en 1918, hubo de impresio-



Adolfo Hitler  
en una de sus actitudes  
características.  
Gesto rígido, mirada  
penetrante, ceño fruncido.  
Las fotos del Führer  
eran cuidadosamente  
seleccionadas.

## Los nazis habían concebido la Olimpiada como una manifestación de propaganda y, como toda su propaganda, estaba orientada hacia el hombre de la calle, que quería un triunfo alemán.

nar a Alemania y a sus vecinos, mediante despliegues de fuerza en el interior. Hasta que pudo presentar las conquistas alemanas hubo de darles circo; circo que atraerían a los visitantes extranjeros y les convencerían de que se debía contar con Alemania sin temerla. La idea de utilizar los Juegos Olímpicos debió llegarle muy pronto. La exclusión de Alemania de las Olimpiadas de Amberes y de París, de 1920, y de 1924, respectivamente, habían constituido desaires que provocaron una humillación en términos muy vivos y populares en el alemán de la calle, entusiasmado por el boxeo y el ciclismo. La decisión adoptada en Los Angeles, en 1932, de premiar a los catorce años de pacífica, aunque precaria democracia de la República de Weimar, concediéndola la organización de los Juegos Olímpicos en la ciudad donde hubieran debido celebrarse los suspendidos Juegos de 1916, fue vitoreada alegremente en Alemania, como señal de que el país estaba recobrando su puesto entre las naciones. Desde que a principios de 1934 se construyeron los cimientos del Estadio Werner March, en los bosques al Oeste de la ciudad, Hitler y Goebbels dedicaron una gran atención al desarrollo de estas obras.

Goebbels estaba aún más interesado que el propio Hitler. Desde 1927 el pequeño renano tenía una responsabilidad especial en la suerte del Partido en la capital, puesto que desempeñaba un papel al que solamente le aventajaba en importancia el de Goering, como primer ministro del Estado clave de Prusia. Como «gauleiter» del Berlín «rojo», Goebbels podía proclamar su destacado mérito por haber logrado hincar el pabellón de la svástica en el corazón de la mayor ciudad de Alemania y de la principal plaza fuerte del comunismo, en la época en que la mayor parte de los berlineses consideraban todavía el nazismo como una chaledura de un pequeño movimiento extremista bávaro. De cualquier manera, Goebbels estaba resuelto a que la Olimpiada fuese un carnaval para sus berlineses: un Festival nazi y un despliegue propagandístico para los millones de agudos y escépticos habitantes de la capital del Reich.

Pero Hitler tenía también razones especiales para interesarse en los Juegos Olímpicos. Con su apasionada pero deplorable afición por la arquitectura, vio una magnífica oportunidad para adornar su capital con una vasta y grandiosa cadena de monumentos concebidos, como su Reich, para durar mil años. Tales edificios exaltarían su poder, no solamente ante Alemania, sino ante los reyes, príncipes y visitantes distinguidos que, si se excitaba suficientemente su interés, acudirían a Berlín. Y, al llegar, se verían forzados a tratarle como un igual. Sobre todo facilitarían un coro para una ceremonia en la que extranjeros y alemanes comulgarían con el espíritu esencial del nazismo. Hitler carecía de talento para la arquitectura llamada funcional, pero la arquitectura que promovió funcionó de una manera soberbia en pro del objetivo que perseguía, como decorado teatral.

Casi todos los que han estudiado la era nazi están de acuerdo en afirmar que las únicas páginas de «Mein Kampf», que muestran una indudable brillantez, son aquellas en las que

Hitler hablaba acerca de las técnicas de propaganda. En los doce años de Administración, corrompida y ruinosa del Tercer Reich, la propaganda fue precisamente el único campo en el que los nazis apenas se equivocaron. Hitler y Goebbels se mostraron absolutamente unánimes. Se pusieron de acuerdo no solamente en lo que respecta a los objetivos, sino en lo relativo a los métodos, medios y retórica. Si el Imperio nazi fue, sobre todo, un triunfo de la persuasión y de la intimidación, Hitler y Goebbels fueron, conjunta y principalmente, sus creadores; tal vez esto contribuya a explicar por qué de todos los líderes nazis Goebbels fue el único que eligió morir con su Führer en el bunker de la Cancillería.

La propaganda nazi nunca hizo gran uso de la palabra escrita. En el prólogo de «Mein Kampf», Hitler declara claramente su desprecio por la literatura como instrumento político. La política es la dominación de las masas y las masas no gustan de la lectura. Sólo se conmueven ante la presencia viva, ante una voz humana. «Sé que han sido muy pocos los que se han impuesto por la palabra escrita, y muchos los que se han impuesto por la palabra hablada; que cada gran movimiento en esta tierra debe su desarrollo a los grandes oradores y no a los grandes escritores». Goebbels demostró estar de acuerdo con esta opinión en uno de sus escasos errores propagandísticos: la quema de libros frente a la Universidad de Berlín el 10 de mayo de 1933. Hacia el final de la década de los años treinta utilizaba cada vez más el cine y la radio, y durante la guerra, la radio se convirtió precisamente en el principal instrumento de propaganda del Régi-

men. Pero durante la mayor parte del período nazi, el instrumento fundamental del aparato propagandístico del Partido fue el que se había desarrollado durante los años de lucha antes de que la radio o el cine estuvieran precisamente al alcance del público: la concentración de masas y el mitin al aire libre.

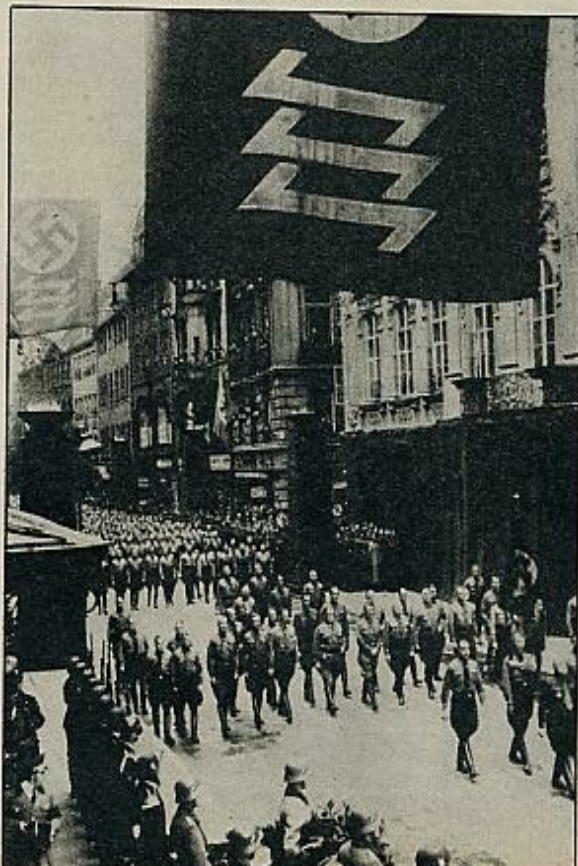
Goebbels proporcionó unas razones prácticas para esta conducta en el Congreso del Partido, celebrado en 1927: «Quien pueda conquistar la calle conquistará el Estado un día, porque cada forma de poder político y cada Estado dictatorial tiene sus raíces en la calle. Nunca serán demasiadas las manifestaciones públicas, porque es éste hasta ahora el medio más claro para demostrar la voluntad de un líder para gobernar. Es algo mucho más expresivo que unas estadísticas electorales. Cuando podemos ver a nuestros hombres, a miles de ellos, marchar arriba y abajo por las calles, podemos hablar de una movilización por el Poder».

En aquellos días de la Depresión mundial, anteriores al dominio de la televisión, este razonamiento era acertado. La calle resultaba el medio ordinario de comunicación de la clase trabajadora alemana: su periódico, su club, su centro de recreo y su teatro.

### UN GRAN DRAGON HUMANO QUE EXHALA FUEGO

Pero había, probablemente, razones más profundas para el empleo nazi de los desfiles y las manifestaciones, enterradas en los recuerdos de Hitler de sus años de pobreza en Viena,

El estado mayor nazi en un acto público. Crespones, banderas, hachones...



antes de la primera guerra mundial. Reinhold Hanisch, que vivió con él en aquella época, recordó más tarde el extraordinario efecto que produjo en Hitler una película muda, «Tünel», de Kellerman, en la que un orador agitaba a las masas con su elocuencia. «Hitler casi enloqueció. Durante días no habló de otra cosa que no fuera del poder de la palabra hablada». Y en «Mein Kampf», Hitler habló del efecto que le produjo una manifestación de los socialdemócratas austriacos, «Contemplé la interminable columna de trabajadores vieneses que avanzaba de cuatro en fondo. Permanecí absorto durante dos horas junto a este enorme dragón humano que lentamente desenrollaba sus anillos ante mí».

Un dragón humano... Aquí, seguramente, estaba el meollo del nazismo. Casi toda la filosofía barata del Pueblo y de la Raza puede reducirse a este descubrimiento básico, según el cual una muchedumbre es algo más que la suma de los individuos que la componen; puede convertirse en una nueva entidad, en una criatura incomparablemente más fuerte y más peligrosa que el conjunto de determinados cuerpos, brazos y piernas. Y la fuerza que convierte a estos individuos en una bestia poderosa de insospechables reacciones, puede ser una sola voz humana, la voluntad de un solo hombre. Tras haber fracasado en sus estudios, en el ingreso en la Administración civil austriaca, en el arte, y, hasta cierto punto, con las mujeres, Hitler vio la forma de añadir a su propia personalidad inexpresiva, el cuerpo de un gigante que exhalaba fuego. El objetivo del nazismo era convertir a toda Alemania en un dragón.

Por eso el meollo del culto nazi consistió siempre en el desfile nocturno con antorchas, en las reuniones de masas, y, sobre todo, en las concentraciones de Nuremberg. En el más pequeño poblado no faltaba una unidad básica, constituida por un grupo de jóvenes que enarbolaban banderas con los colores negro y rojo y que llevaban tras de sí una banda y que se exhibían en todas las ocasiones. En cualquiera de los hitos de la historia del Partido —la accesión de Hitler al poder, la ocupación de Renania, las marchas a Viena y a Praga—, las celebraciones nazis adoptaban la forma de un río de antorchas fluyendo inacabablemente por las oscuras calles de las ciudades alemanas. Incluso en los peores días de 1943, Goebbels trató de unir las voluntades de aquellos berlineses, machacados por las bombas en una reunión monstruosa en el Sportpalast, gritando ante la multitud: «¿Preferís la rendición o la guerra total?», para que las masas le respondieran: «¡La guerra! ¡La guerra!».

Pero las ocasiones más importantes eran las concentraciones anuales del Partido en Nuremberg. Aquí, los desfiles, las multitudes, las banderas y las antorchas se fundían en un espectáculo que empujaba a las más extravagantes concepciones de Max Reinhardt o de Hollywood.

«El que no haya contemplado los despliegues de masas de Nuremberg, durante la semana de las concentraciones, ni vivido aquella atmósfera —escribió sir Neville Henderson, el último embajador británico en el Reich—, no puede afirmar que conoce completamente el movimiento nazi.

# Hitler



El negro norteamericano Jesse Owens frustró los planes de Hitler en la Olimpiada. Una «raza inferior» eclipsó a la raza aria...

«Uniformados con sus camisas pardas, aquellos ciento cuarenta mil hombres estaban formados en seis grandes columnas que dejaban entre sí unos anchos pasillos. A la voz de mando se adelantaban los portaestandartes. Cierta número de estandartes tenían luces eléctricas en sus astas; el espectáculo de aquellos cinco ríos de rojo y oro, avanzando bajo la luz azulada, a través de las masas de camisas pardas resultaba indescriptiblemente pintoresco. Pasé seis años en San Petersburgo, antes de la guerra, en los mejores días del antiguo ballet ruso, pero por lo que se refiere a grandiosidad jamás he contemplado nada que pueda compararse con lo que vi en Nuremberg».

Existen varias razones que explican por qué Hitler escogió Nuremberg. Fue allí donde celebró sus primeros mítines, en 1923, antes del fallido «putsch» de Munich, junto a Ludendorff, el héroe de la primera guerra mundial. Está bastante cerca de Munich, su base de la década de los años veinte para realizar una excursión en tren especial fuera del alcance de la policía de la capital bávara. Era suficientemente pequeña como para que sus escasas huellas de entonces pudieran llenar calles y plazas. Pero además, tenía un significado especial para él, como la ciudad en donde el poeta Ludwig Tieck había descubierto para los alemanes del siglo XIX, la romanza de su propio arte y de su propia cultura. Era también el escenario de su ópera favorita, «Los Maestros Cantores». Aquí, «in Deutschlands Mitten», como cantara Hans Sachs, Wagner mostró a la misteriosa violencia brotando a medianoche de los corazones de los hombres en las luchas callejeras de los aprendices y canalizada para la mayor gloria de su país en juegos, danzas y canciones de su último acto. Hitler deseaba que Nuremberg se convirtiera, una vez más, en una ciudadela de la cultura alemana, en el marco de las celebraciones festivas y atléticas de la Germanidad. «Nuestras reuniones anuales aquí —dijo—, dan, creo, a la ciudad, la atmósfera de las festividades olímpicas de los días de la Antigüedad».

Cuando llegó el momento de planear la Olimpiada, la modeló tan semejante como le fue posible a sus concentraciones de Nuremberg. Tenía que haber banderas, desfiles, ríos de luz fluyendo en la oscuridad. El Estadio olímpico, concebido para acoger a cien mil espectadores recreaba la masiva intimidad del Estadio de Nuremberg, y el Zeppelfeld y sus tribunas recordaban, si bien de una forma primitiva, las columnatas de la antigua Grecia. Fuera del Estadio, para concentraciones aún más amplias y demostraciones atléticas, quedaba el Maifeld, copiado del Märzfild de Nuremberg, donde se desplegaban los tanques y la artillería, donde se tendría una ancha avenida flanqueada de banderas como la gran avenida de granito que conducía a la gran tribuna de Nuremberg. De modo significativo, la mayor parte de los grandes edificios permanentes de Nuremberg fueron terminados para la concentración de 1936. Su construcción y la de los edificios olímpicos de Berlín se realizó simultáneamente.

Hitler no podía controlar completamente la celebración de los Juegos Olímpicos. Es el Comité Olímpico In-

ternacional el que establece el ritual de la Olimpiada. Su primer intento para imponer su voluntad al Comité, formulando objeciones contra el Presidente alemán de la Comisión organizadora, doctor Lewald, que era medio judío, fue rechazado con la terrible amenaza de trasladar la celebración de los Juegos a cualquier otro lugar. Pero pudo envolver a la Olimpiada con una panoplia del nazismo o de algo equivalente: pudo proporcionar una plataforma más magnífica de la que habían conocido todos los Juegos anteriores. Creó un espectáculo y promovió un fervor superior al de todas las precedentes Olimpiadas. Al actuar así no sólo demostraría que la Alemania nazi había ocupado de nuevo su puesto entre las naciones. Afirmando su regeneración física y cultural, su calidad de moderno custodio de la civilización heredada de Grecia.

Había dos razones por las que Hitler consideró a la Olimpiada y a sus manifestaciones en términos equivalentes a las manifestaciones de la voluntad en armas del pueblo alemán, en Nuremberg, en términos equivalentes. Una era el significado especial del deporte para los alemanes. El fundador del atletismo alemán fue un maestro de escuela (Ludwig Jahn), que tras la conquista de Alemania

por Napoleón, concibió la idea de devolver la moral a sus compatriotas a través de la gimnasia. Los jóvenes que se le unieron en el gimnasio al aire libre que fundó en Berlín en 1811, fueron enseñados a considerarse como una clase de hermandad para la emancipación de la humillada patria, y a prepararse para una futura lucha por la liberación de esa patria. Esta tradición se popularizó en la educación alemana a lo largo del siglo XIX. Sus escuelas, denominadas «gimnasios», en recuerdo de la de Jahn, combinaban la educación física con la enseñanza de la cultura alemana, como parte de la lucha en pro de un unificado Imperio alemán.

La tradición de Jahn adoptó un sinnúmero de giros en la década de los años veinte. Cuando el Tratado de Versalles prohibió la posesión de armas o la formación de organizaciones militaristas, los desorientados veteranos de 1918, que creían firmemente que la victoria hubiera sido suya si los republicanos de Berlín no les hubieran apuñalado por la espalda con la rendición se agruparon en las llamadas asociaciones atléticas. Bajo la cubierta de estas denominaciones podían realizar desfiles, entrenamientos y maniobras, y constituir un Ejército al que solamente le faltaban las armas y que

se preparaba para el día del desquite. El mismo Partido nazi procedía de tales orígenes. Sus Tropas de Asalto de los primeros días agrupaban a los miembros del Partido con mayor capacidad física: habían sido fundadas originariamente por Hitler y Roehm, en 1921, como una asociación gimnástica y deportiva.

Las Tropas de Asalto se convirtieron, posteriormente, en un Ejército en el pleno sentido de la palabra, pero su tradición pasó a las Juventudes Hitlerianas, cuyos efectivos en la década de los años treinta saltaron de 100.000, hasta casi 8.000.000 de miembros. Desde la edad de los seis hasta los dieciocho, el joven hitleriano se entrenaba en el deporte, la acampada y las maniobras militares para concluir con un servicio de trabajo obligatorio de seis meses en el campo. En su discurso a la juventud el 1 de mayo de 1936, Hitler no permitió que nadie dudara acerca del objetivo de este entrenamiento físico: «Tenemos que contar con una juventud dura para que un día, cuando esta juventud se enfrente con la vida con toda su dureza, no se rinda ni se debilite».

## LA SALUD Y LA FUERZA, SEGUN HITLER

Por razones obvias, el nazismo había recurrido con mayor intensidad a la educación física que a la mental. El dragón humano necesitaba brazos fuertes y bien preparados, no una multitud de cerebros informes y titubeantes. En su libro, un buen cerebro es el que se muestra obediente, entusiasta y lealmente conformista; el escepticismo constituye un síntoma de enfermedad, de decadencia racial. «La llamada Edad de la Razón —dijo Hitler en una reunión gimnástica, en octubre de 1933—, dio lugar a una generación carente de cualidades. La supervaloración del conocimiento no sólo conduce a despreciar la forma física y la fuerza corporal sino que, al final, lleva a una falta de respeto por el trabajo físico... El que desprecia la salud y la fuerza físicas es ya una víctima de una malformación de la mente».

Pero el propio Hitler llegó a apuntar otra razón para su propósito de establecer una relación entre sus concentraciones de Nuremberg y los antiguos Juegos Olímpicos: «Si hoy reconocemos de nuevo un ideal de la belleza que abre nuestros ojos a una comprensión de la imagen, presentada por el mundo antiguo, es porque un gran alemán (se estaba refiriendo a Ludwig Jahn) nos mostró, a través de la gimnasia, el medio para recobrar el equilibrio entre la mente y el cuerpo». En el elíptico proceso mental de Hitler, el atletismo se hallaba ligado con las más profundas creencias acerca del arte, de la cultura y de la raza.

Hitler dijo una vez a Otto Strasser —pocas semanas antes de expulsar del Partido, en 1930, a este director del órgano del ala izquierda— que, para él, todas las distinciones entre las diferentes escuelas del arte europeo carecían de significado. «Hay solamente una arte eterno, el arte Grecoclásico —y términos tales como arte holandés, arte italiano y arte alemán son tan estúpidos como la consideración del arte gótico, bajo una



# El Renault-4 es un coche cómodo, maniobrable, ágil, todo camino, capaz, seguro, ~~bonito~~ y económico.



Si, así es el Renault-4. Tenía que ser así. Tenía que ser cómodo. Y maniobrable. Y ágil. Y todo camino. Y capaz. Y seguro. Y económico. Y... ¿por qué había de ser **bonito**? Desde luego no estaba previsto

en nuestro inusitadamente ambicioso pliego de condiciones. Nosotros dotamos al Renault-4 de una belleza funcional, auténtica e innegable, plasmada en un conjunto de cualidades óptimas. Por sus múltiples aspectos

positivos, el Renault-4 no deslumbra. Sencillamente asombra.

**RENAULT**  **4**  
el coche "todo ventajas"

*Existen pocas dudas acerca del hecho de que la Olimpiada formaba parte de un plan político diseñado por Hitler el mismo mes en que llegó al Poder, en 1933.*

forma individual. Se trata simplemente de arte nórdico-griego y todo lo que merezca el nombre de arte tiene que ser nórdico-griego.

Para tratar de comprender, en cierto sentido, toda esta charlatanería es necesario conocer las teorías nazis sobre la raza aria, expuesta por su principal teórico antropólogo y mitólogo, Alfred Rosenberg en su «Mito del Siglo XX» (el libro del que, durante la era nazi, se vendieron más ejemplares, después de «Mi lucha»), construyó una rebuscada historia de un pueblo rubio y de ojos azules que procedía de alguna comarca situada al Norte del Danubio y que penetró hacia el Sur y hacia el Este en tiempos primitivos, fundando no sólo el culto solar de Zoroastro, en Persia, y la filosofía hindú de los Vedas, sino la cultura griega de la que proceden todas las civilizaciones europeas. La civilización helénica se vio arruinada por la democracia, el pensamiento abstracto y la mezcla racial, pero allí donde más tarde ardió la antorcha de la civilización —en Roma, en la corte de Carlomagno, en la Reforma— el impulso procedió siempre de los arios.

Ahora, por fin, la antorcha había vuelto a su patria nórdica. Alemania sería la nueva Hélade, más grande y más firme, puesto que resistiría la disolución racial que había arruinado a los anteriores Imperios arios. Recrearía aún más noblemente el arte de la Grecia aria, en el que la gran raza había contemplado su propia perfección física, la belleza nórdica de sus héroes, atletas y dioses olímpicos.

Por eso, Hitler eligió Nuremberg, su Olimpia septentrional, para anunciar en la concentración de 1935, la promulgación de sus leyes contra los judíos. Por eso, su arte favorecido era una monumental vulgarización nórdica de luchadores desnudos y lanzadores de discos de la antigua Grecia. Por eso, el símbolo que ondeaba en cada asta en las calles de Berlín, en agosto de 1936, era el viejo signo solar greco-persa de la svástica. Y por eso, también, en la apertura de los Juegos Olímpicos anunció orgullosamente que su Régimen había decidido asignar los fondos suficientes para completar, con la aprobación del Gobierno griego, las abandonadas excavaciones en el primitivo emplazamiento de los Festivales de Olimpia, excavaciones que se habían iniciado en el siglo XIX.

En manera alguna, había de ser este despliegue tan ostensible como para alarmar a los miles de visitantes que fluyeron hacia Berlín, en julio de 1936. Tras haber denunciado el Tratado de Locarno y reocupado Renania en marzo, Hitler se declaró satisfecho y se presentó como un hombre de paz. A mediados de julio firmó un Tratado con Austria, garantizando su existencia como nación, como Estado alemán independiente y soberano. Hecho que «The Times» celebró como el comienzo de un auténtico apaciguamiento en la Europa central.

Se puso sordina a la campaña contra los judíos durante la celebración de los Juegos. Incluso se permitió a una muchacha hebrea, Helene Mayer, formar parte del equipo femenino de esgrima de Alemania. Desapareció de las calles «Der Stürmer», el órgano periodístico de Julius Streicher, campeón del antisemitismo, y se retiraron de las fachadas de hoteles, tiendas y restaurantes los carteles en los que se prohibía la entrada a los judíos.

**VIDA NOCTURNA, PROSTITUTAS Y ANTORCHA OLÍMPICA**

Los nazis no dudaron en garantizar el éxito de los Juegos con millones de marcos. Sólo en el campo de la radiodifusión gastaron dos millones. En los meses anteriores lanzaron a todo el mundo emisiones en onda corta que transmitían cursos de alemán e informaciones turísticas. La radiodifusión germana contrató solamente en Berlín, y para los Juegos, cuatrocientos cincuenta empleados y trescientos micrófonos, doscientos veinte amplificadores y veinte camiones transmisores fueron puestos a disposición de los corresponsales extranjeros. De la misma manera subvencionaron las visitas especiales.

Berlín flameaba de banderas. En 1935 se había abierto hacia el Oeste y a través de toda la ciudad una gran avenida que partía de la Puerta de Brandeburgo. Al Este de la Puerta se había ensanchado considerablemente la Unter Den Linden para que los desfiles fueran aún más espectaculares. Por allí pasaron celebridades de toda Europa. El «foyer» de bronce y mármol del Adlon, en el que se inspiró Vicki Baum para su «Gran Hotel», rebosaba de miembros de la realeza —el Rey de Bulgaria, los príncipes herederos de Italia, Grecia y Suecia—, así como los jefes de las delegaciones y comisiones olímpicas. Muchos ricos aficionados al deporte, entre los que se incluía Lord Burleigh, que encabezaba el equipo británico, habían sucumbido a la tentación de probar sus coches en las nuevas «autobahns» y Beverley Nichols, uno de los centenares de periodistas que se hallaban en la ciudad, resumió así su impresión sobre un «concours d'élégance» automovilístico (blancos Rolls-Royce, dinámicos Hispano-Suizas, Lincolns, Dusenbergs, Isotas, Delages): «Para mí, el mejor de todos el Mercedes, con las grandes serpientes plateadas de sus tubos de escape destacando en su carrocería».

Por vez primera desde la guerra, la policía de Berlín alzó todas las restricciones que pesaban sobre la vida nocturna. «Si llegan todos los visitantes que se esperan —decían en broma los berlineses— los restaurantes tendrán que servir cenas a la hora del desayuno», y las prostitutas de ambos sexos aparecieron en la Freidrichstrasse y en la Kurfurstendamm como en los malos días de la década de los veinte.

Los corresponsales extranjeros que habían contemplado la ascensión del nazismo, la persecución de los judíos y la espectacular llegada del avión de Hitler al aeropuerto de Tempelhof, en el sangriento crepúsculo de la tarde posterior a la matanza de Roehm y sus cohortes, trataron de advertir a sus compatriotas que no estaban contemplando el verdadero Tercer Reich. Fueron muy pocos los que les escucharon.

La antorcha olímpica había sido encendida en el sagrado fuego del templo de Zeus el 20 de julio, y los periódicos informaron con creciente excitación de su avance hacia el Norte a través de los Balcanes. En Viena, su llegada fue saludada por un estallido de gamberrismo de los nazis locales cuyas manifestaciones se suponía que habrían tenido que ser prohibidas tras el reciente Tratado. El Presidente Benes la recibió en Praga y, por fin, en la mañana del domingo 1 de agosto,



# Hitler

**El Führer dirigiéndose al Ejército alemán. Todos los discursos de Hitler eran retransmitidos hasta el último rincón del país. Goebbels supo comprender la importancia de la radio como medio de comunicación.**

el último de sus portadores corrió a lo largo de la calzada central de la Unter Den Linden hasta el lugar de recepción preparado en Berlín.

El barón Pierre de Coubertin, el francés que había lanzado las modernas Olimpiadas en Atenas en 1896, había establecido que la ceremonia de apertura debería celebrarse «conforme al espíritu de la «Novena Sinfonía de Beethoven»». Hitler y Goebbels habían desplegado sus mejores esfuerzos. Una información de 26.000 Jóvenes Hitlerianos recibió a la antorcha. La sagrada llama fue escoltada con honores militares hasta el pequeño edificio de la guarnición de Guardias Prusianas, dedicado por Hindenburg a la memoria de los caídos en la guerra, y allí los Jóvenes Hitlerianos formaron en torno a la llama hasta la ceremonia de apertura, que había de celebrarse aquella misma noche. Durante toda la tarde, a lo largo de la avenida de diez kilómetros de longitud que se extendía desde el Tiegarten hasta el Estadio, pasó una caravana de magníficos automóviles. Ondeaban las banderas de las naciones participantes y en las ventanas de cada casa ondeaban también las svásticas. Finalmente se llenó el gran Estadio y, tras un redoble de tambores, los altavoces lanzaron las primeras notas del «Deutschland über Alles». El Führer ocupaba su puesto en la tribuna del Jefe del Estado.

Nadie se atrevería a afirmar que el Estadio de Werner March es una bella construcción, pero para el objeto a que fue construido constituye un soberbio instrumento. Un óvalo que en su máxima dimensión mide 300 metros y con 230 metros de anchura proporciona una sensación de grandeza y de intimidad, en buena parte resultado de sus condiciones acústicas que llevan el sonido de un estornudo en la cancha hasta el asiento más elevado, a 30 metros de altura. En aquel mar de cemento, el ojo humano sólo puede concentrarse en tres puntos: el campo de hierba, la Puerta de Marathon, en cuyo umbral se recorta contra el sol poniente la silueta de la llama olímpica en el inmenso brasero, y la tribuna del Jefe del Estado. Accidental o deliberadamente, a estas últimas horas de la tarde el sol moribundo se alza sobre las últimas tribunas. El historiador Hecto Boltho, que trabajaba aquel verano en Alemania en una biografía del príncipe Alberto, recuerda que la figura de Hitler se recortaba en un violento contraluz; su cabeza se movía hacia uno y otro lado como la de un ave presa. Tuvo tan clara conciencia de su presencia que pensó que podría ver las venas de sus manos.

Pero incluso si la arquitectura no se hubiera esforzado por singularizar a Hitler la multitud lo habría hecho.

Cuando entró en el Estadio se alzó una selva de brazos que apuntaban hacia el Führer. A pesar de las explicaciones consoladoras —el saludo había sido tomado del movimiento juvenil «Wandervogel», anterior a la guerra y por ello, decían algunos, procedía incluso de las antiguas Olimpiadas— el saludo nazi constituyó un problema para los visitantes. Cuando los equipos participantes desfilaron en el Estadio, sólo los fascistas y los amigos de los fascistas —los austriacos, los japoneses, los italianos— hicieron el saludo fascista ganándose así palpablemente los mayores aplausos de la concurrencia. Después se produjo una sensación. Cuando el equipo francés pasó ante la tribuna de Hitler, el brazo derecho de cada atleta se alzó hacia adelante. Un estruendo de sorpresa y de admiración estalló en todo el Estadio.

Tronaban los cañones. En el aire revoloteaban millares de palomas. Se repetían los ecos de las trompetas y en un extremo un coro interpretó el nuevo himno olímpico compuesto por Richard Strauss. Después, en el extremo oriental del campo, un joven rubio vestido de blanco corrió con la antorcha en la mano. Ascendió los ciento cincuenta escalones hasta llegar a la Puerta de Marathon y subió la antorcha en el brasero. Una espiral de humo se elevó en el aire, seguida de torrente de llamas mientras que la silueta del corredor se recortaba en un fondo de masas de brillantes nubes. Había comenzado la Olimpiada.

Aquella noche, mientras actores y bailarinas participaban en un Festival en la cancha, tuvo lugar el despliegue más espectacular de aquellos fastos. La exhibición había estado iluminada por la luz de los reflectores colocados fuera del Estadio. Cuando concluyó, los haces de luz de los focos se alzaron lentamente hasta converger en el cielo por encima de la ciudad, a miles de metros de altura, formando una corona de luz azulada. Todos los cuellos se tendieron, un «johl» prolongado brotó de los maravillados espectadores. Ni siquiera la aparición, aquella tarde, del zepelín «Hindenburg», navegando sobre el Estadio como una plateada ballena, provocó una impresión semejante.

Aquella noche los dirigentes nazis podían felicitarse. Habían conseguido que los ojos de todo el mundo se volvieran hacia Berlín. Habían asombrado al mundo entero con un espectáculo que hacía palidecer a todas las Olimpiadas anteriores y habían mostrado la riqueza y la capacidad de la nueva Alemania haciendo pensar al mundo entero si no sería mejor tener a esa Alemania como amiga que como enemiga.

Sólo que no habían contado con algo



AGENTE GENERAL PARA ESPAÑA:

"VARMA, S.A." - Importaciones y Representaciones. Cervantes, 15 - Tel. 221 72 17 - **MADRID**

*Por razones obvias, el racismo había recurrido con mayor intensidad a la educación física que a la mental: el dragón humano necesitaba brazos fuertes y bien preparados, no una multitud de cerebros informes y titubeantes.*

más. No contaban con Jesse Owens. El riesgo oculto en el fondo del intento nazi de demostrar a la nueva generación alemana la capacidad de la «raza de señores» para dirigir el mundo, era que los atletas alemanes tenían que ganar. Bien estaba que Hitler formulara amables declaraciones de bienvenida, que dijera que «estas pruebas deportivas y caballerescas no se separan, sino que unen a los adversarios en la mutua comprensión y en el respeto recíproco». Los nazis habían concebido la Olimpiada como una manifestación de propaganda y, como toda su propaganda, estaba orientada hacia el hombre de la calle. Al alemán medio no le preocupaban la participación o los sentimientos caballerescos. Lo que quería era un triunfo alemán: una victoria clara y abrumadora para los suyos como la de Max Schmeling frente a Joe Louis el año anterior.

Con este fin, el equipo alemán se había entrenado intensivamente durante meses; se había preparado con una ciencia y una firmeza que después de los Juegos provocaron en «The Times» la aparición de cartas malhumoradas acerca del «profesionalismo». Habían sido capaces de hacer sólo lo que la voluntad y el entrenamiento pueden hacer. No estaban preparados para enfrentarse con un fenómeno natural.

James Cleveland Owens había nacido veintitrés años antes en una granja del Norte de Alabama; era uno de los siete hijos de una familia dedicada al cultivo del algodón. Sus padres emigraron al Norte, cuando él todavía era niño y cuando fue a matricularse para ingresar en una «high school» de Cleveland (Ohio), dio al maestro sus iniciales en lugar de sus dos primeros nombres. Así adquirió el alias de Jesse. Fue en esta «high school» donde demostró, por vez primera, su calidad corriendo las cien yardas en diez segundos.

En la Universidad del Estado de Ohio, en Columbus, se ganó la vida durante el primer curso, trabajando en una estación de gasolina. Más tarde, un diputado negro del Congreso de Ohio, le consiguió un empleo como botones en la Cámara de Representantes del Estado. Mientras tanto, entrenándose bajo la dirección de Larry Snyder, participó en el National and Collegiate Track y en los campeonatos de la Universidad de Michigan en 1935, y batió allí tres récords mundiales: el record de las 220 yardas, en un tiempo de 20 segundos; el de las 220 yardas con vallas, en 22,6 segundos, y el de salto de longitud, con 26 pies 8 1/4 pulgadas. Además consiguió igualar el record de las 100 yardas en 9,4 segundos.

La fama de la «Bala Morena» le había precedido en Berlín, pero nadie estaba preparado, en realidad, para afrontar velocidades como las de Jesse Owens. «Era el primer hombre de una nueva física y temperamento en la carrera», ha escrito Robert Bateman, el historiador de los Juegos Olímpicos. «Desprovisto de nervios, aborrecía, de forma tranquila, las tres fases sucesivas de la carrera». En los primeros tres días de los Juegos participó en diferentes pruebas de la carrera de los cien metros libres, ganando la final el 3 de agosto en un tiempo que superó el record olímpico —10,3 segundos—, aunque los jueces no lo homologaron por estimar que el viento había intervenido en su favor. Dos días más tarde, batió el record olímpico de los

200 metros con un tiempo de 20,7 segundos. Tras haber ganado dos medallas de oro para los Estados Unidos, contribuyó a la victoria participando en el equipo ganador de la carrera de los 400 metros relevos.

Los líderes nazis no podían ocultar su desagrado. Mientras que el Estadio rugía de entusiasmo, la cara de Hitler, en su elevada tribuna, era una clara muestra de descontento y, en sus conversaciones, Goebbels aludió salvajemente al «auxiliar negro americano». Pero lo peor había de llegar en el salto de longitud. En la final, el alemán Lutz Long se superó a sí mismo estableciendo un nuevo record olímpico de casi 25 pies y 10 pulgadas. Siguió la intervención de Owens. Saltando como un resorte, se catapultó a unas siete pulgadas más allá de la marca de Long en un increíble salto de más de 26 pies y 5 pulgadas.

### EL FABULOSO REY DE LOS JUEGOS

En las tribunas reservadas al Cuerpo Diplomático, el novelista americano Thomas Wolfe, que se sentaba junto a Martha, la hija del embajador Dodd, lanzó un grito tan penetrante que Hitler volvió la cabeza y escrutó a la muchedumbre que se extendía a los pies de su tribuna para ver de dónde procedía aquella exclamación. En un gesto que Owens todavía recuerda con afecto treinta años más tarde (vive en Chicago, consagrado a los adolescentes de los «ghettos» y al servicio de la Comisión Juvenil de Illinois), Lutz Long se adelantó hacia él y cogiéndole por el hombro fue con él hasta el final de la cancha. Pero la furia de Hitler se transparentaba. La mayor parte de los ganadores de medallas de oro habían sido llamados a su tribuna para estrecharles la mano. Pero esta vez se limitó a llamar a Long para felicitarle como si su derrota ante un miembro de una raza inferior no tuviera más importancia que la derrota de un corredor ante un caballo. Tan pronto como le fue posible abandonó el Estadio.

En conjunto, los atletas alemanes no se mostraron mediocres. Aunque los americanos dominaron en las carreras y en los saltos en piscina, los alemanes vencieron en equitación y en gimnasia, mientras Handrick ganó en el pentatlón moderno, y una bella muchacha, Gisela Mauermayer, venció en la final de lanzamiento de disco. En el balance de medallas de oro, Alemania encabezó la lista con 31, seguida por los Estados Unidos con 26. Pero muchas de las medallas alemanas fueron ganadas lejos del Estadio, en pruebas que inevitablemente parecían marginales. En la gran cancha, donde todo cobraba mayor importancia, Jesse Owens fue el rey de los Juegos. En los cafés y restaurantes eran «der fabelhaft», sus victorias despertaron la alegría de quienes odiaban al Régimen.

Con el triunfo de Owens pareció cernirse sobre los preparativos nazis el frío del fracaso. Para la segunda semana se habían proyectado grandiosas exhibiciones. Sin embargo, en cada una de ellas algo pareció ir, en cierto modo, mal. El 13 de agosto, Goering celebró una gran recepción en el jardín de su residencia oficial, el antiguo



# Hitler

La foto está tomada en Berlín, poco antes de comenzar la guerra mundial. Junto a Hitler, Goering y Goebbels. Detrás del dictador, a su derecha, el rostro inescrutable de Rudolf Hess. Eran los grandes tiempos...

Palacio Real prusiano («Una mansión mucho más grande y mucho mejor amueblada —comentó el embajador Dodd agradamente— que la Casa Blanca de Washington»). Los jardines habían sido iluminados por reflectores situados en las casas vecinas y filas de luces colgaban de los árboles sobre centenares de mesas preparadas para una cena al aire libre. Pero por la noche se levantó un viento frío y húmedo procedente del Nordeste. Pronto se embarraron los trajes del siglo XVIII que vestían los intérpretes de un ballet. Muchas personas, entre ellas Dodd y el embajador británico sir Erich Phipps, abandonaron temprano la recepción.

Pero al final, los Juegos concluyeron sin incidentes. Una vez más, la caravana de soberbios automóviles cruzó hacia el Oeste, a través de la ciudad, mientras cubrían la carrera las Tropas de Asalto y los soldados que vestían el negro uniforme de las SS. Todos los dirigentes nazis y los generales de la Wehrmacht estaban en el Estadio. Un asiento en aquellas tribunas equivalía a un premio. Por fin, a las ocho de la noche comenzó la entrega de galardones y se sucedieron las declaraciones, entre ellas la de que Goebbels había ordenado que las banderas y gallardetes ondearan en Berlín durante una semana más. De nuevo se cantó el Himno Olímpico de Strauss y, por fin, se extinguió la llama en la Puerta de Marathon. En la oscuridad, una voz resonó en todos los altavoces: «¡Hasta Tokio!». La ciudad seleccionada para la XII Olimpiada, en 1940. Después, por segunda vez durante los Juegos, los haces de los reflectores se alzaron sobre el Estadio y repitieron la maniobra, elevándose con perfecta sincronización, todos los haces se unieron a miles de metros sobre la multitud hasta crear una fabulosa corona de plateada luz. También ahora se repitieron las exclamaciones de admiración y después estalló una salva de aplausos.

Los Juegos habían concluido. Nadie que hubiese contemplado la XI Olimpiada podría olvidarla. La Alemania de Hitler había creado un espectáculo nunca visto antes en Europa. Aquellos que volvieron ahora a sus casas hablarían de la eficiencia, la grandeza, la disciplina y el despliegue de medios. Pero el efecto más importante que produciría en ellos los Juegos sería obra de impresiones que no analizarían: las multitudes, las banderas, las luces y el ruido y aquellas cien mil personas que volvían sus ojos para contemplar a un hombre alzado en una tribuna. No sólo habían contemplado

la ascensión del dragón, sino que habían formado parte de él.

### LA PELÍCULA, GUARDADA BAJO LLAVE

Hoy, esta Olimpiada sobrevive, principalmente, en las imágenes de una película, única como su tema, realizada por Leni Riefenstahl. Si podemos deducir el efecto que tuvo, la fuerza de su impacto, es principalmente porque la obra de esta actriz alemana, de veintisiete años, es una de las obras maestras del cine. Aún se sigue discutiendo si esta obra maestra es inocente o maligna, histórica o propagandística. Lo que no se puede discutir es su fuerza; incluso hoy, treinta años después de su realización, el «Imperial War Museum», que retiene las únicas copias conservadas en Inglaterra y una película suya anterior, «El Triunfo de la Voluntad», ambas confiscadas al final de la guerra, autoriza su exhibición solamente ante estudiantes especialistas del atletismo o del período nazi, por temor a difundir los gérmenes del fascismo en una nueva generación.

Leni Riefenstahl procedía de una familia berlinesa de la clase media inferior. Irrumpió en la cinematografía alemana de los años veinte, interpretando los papeles de una serie de populares melodramas alpinos («Tempestad en el Mont Blanc», «El infierno blanco de Pitz Palu»), en donde ella y los heroicos montañeros se debatían casi constantemente entre picos y precipicios para unirse, al final de todas las peripecias, en una apotheosis de nieve, viento y sol.

Hitler, por ser austriaco y por su pasión por el Obersalzberg, adoraba aquellas películas y pronto la contrató en cuanto llegó al Poder. Era la clase de mujer que le gustaba: alta, sana, amante de la vida al aire libre y con una sencilla e indiscutible admiración por él.

No parece haber razones para rechazar la decisión del Tribunal de Desnazificación que la puso en libertad en 1949, tras haber pasado tres años en la cárcel, al no haber encontrado pruebas que justificaran un proceso por la realización de películas de propaganda durante la guerra. Durante gran parte de ésta, Leni, además, trabajó en España en la realización de una película de aire romántico. De la misma manera no hay razón para dudar de sus repetidas declaraciones, posteriores a

(Pasa a la página 72)



# palabras en el tiempo

## Editorial Lumen

**EL PADRE BLANCO:** Julian Mitchell, uno de los novelistas ingleses más interesantes de la nueva generación, plantea la profunda crisis moral y humana que ha provocado en la Inglaterra actual el difícil proceso de la descolonización.



**SÍMBOLO, COMUNICACIÓN Y CONSUMO:** En torno a tres aspectos fundamentales —reafirmación del elemento simbólico, inmediata transmisión, rápido e incesante consumo—, Gillo Dorfles traza un análisis innovador y magistral del arte de nuestros días.

### SÍMBOLO COMUNICACIÓN Y CONSUMO



# Hitler

(Viene de la página 57)

la guerra, según las cuales sus relaciones personales con Hitler no favorecieron en absoluto su trato con Goebbels, sino que, por el contrario, el ministro de Propaganda, celoso de su familiaridad con el Führer y de la independencia de su propio Imperio cinematográfico, hizo todo cuanto estuvo en su mano para impedir que fuera ella quien realizara la película de la Olimpiada.

Cualquiera que vea toda la película —sus dos partes tienen una duración total de cuatro horas— advertirá muchas de las razones por las que Goebbels no se sintió inclinado a formular el «imprimatur» oficial. El film dedica una gran atención a Jesse Owens; resulta claro que la realizadora se mostró fascinada, simplemente como artista que era, por la imagen que creaba el negro, plegado como una pantera en la línea de salida y con la gracia pura de su cuerpo en acción. De modo similar se concede demasiado espacio a los representantes de otras «razas inferiores»: el brillante y diminuto equipo indio que obtuvo la medalla de oro en hockey y el sorprendente nipocoreano Kitei Son que ganó el maratón.

Al mismo tiempo, nadie que haya visto la película negará, como Leni Riefenstahl hace, que es un magnífico trabajo de propaganda. Goebbels fue vencido en su propio terreno. En el marco de un atractivo despliegue de aparente tolerancia y de deportividad la película subraya cada idea clave de la ideología nazi. Alfred Rosenberg difícilmente podría haber expresado más gráficamente este pensamiento.

Leni Riefenstahl ha sido injustamente censurada por el contenido propagandístico de su film. Fue propaganda, sí, pero no propagó nada que no estuviese en la misma Olimpiada, nada que no fuese común a la concepción de las demás naciones. También ellas creían en la santidad del nacionalismo, en el valor de la masa, en la «naturalidad» de los instintos agresivos «viriles» y de «rivalidad». La diferencia entre esas naciones y la Alemania de Hitler era que ellas creían que la agresión debía y podía ser expresada sin riesgo en el deporte, en los desfiles, en la exhibición del orgullo nacional. Hitler sabía que ese instinto agresivo debería ser creado, alimentado y protegido, que, como las naciones, la guerra es una obra de arte.

En la concentración de Nuremberg de 1938, como escribió el biógrafo de Hitler, Allan Bullock, «los mítines del Partido se celebraron a una escala que jamás había alcanzado el paganismo nazi». El efecto de los focos, empleados en la clausura de los Juegos Olímpicos se repitió con una grandiosidad aún mayor. Se dijo entonces que la luz en el cielo podía distinguirse en lugares tan remotos como Francfort. En su discurso más importante, Hitler preguntó retóricamente si había cumplido la promesa de devolver a Alemania su puesto en el mundo en el plazo de cuatro años. ¿No había reducido el paro obrero de seis millones a uno? ¿No había elevado la renta nacional de cuarenta y uno a cincuenta y seis mil millones de marcos? ¿No había en construcción 640.000 toneladas de buques? ¿Acaso no disfrutaban las clases medias y trabajadoras una prosperidad que no habían conocido desde 1914? Sobre todo, ¿no vibraban una vez más las fábricas Krupp con el martilleo y el bramido de la resurrección alemana?

## ANORA EL DRAGON NECESITABA TAN SOLO UNA ARMADURA

Hitler se retiró fundamentalmente a su tema de la iniquidad del comunismo internacional y de la judería, pero anunció también un Plan de cuatro años para hacer a Alemania económicamente independiente de los demás países. Alemania se alimentaría a sí misma, se vestiría a sí misma, se fortalecería sin precisar de la ayuda exterior y sin temer a sanciones de otros países. Una vez más sería la dueña de su propia casa.

Los corresponsales que conocían bien la economía alemana se sintieron profundamente angustiados. Advertían que aquel Plan cuatrienal estaba orientado hacia la guerra. Alemania tenía que prepararse para un asedio. El verano de 1936 había convencido a Hitler de que podía apoderarse del mundo. El dragón ya existía, ahora necesitaba tan sólo una armadura.

Una tarde de lluvia del pasado mes de julio fui en el «S-bahn» hasta las colinas boscosas de Berlín occidental donde se alza el Olympia Stadion. Cualquiera que estuviera en busca de un siniestro atractivo habría experimentado una decepción. Las astas de las banderas estaban desnudas. Las húmedas gradas de granito desiertas. Treinta años de meteorología báltica sobre la llanura prusiana han oscurecido la blanca piedra caliza que ahora tiene el color del cemento, como Stonehenge. Los fragmentos de la cáscara del huevo del que salió el dragón yacen aquí, cara al cielo, como un fósil medio enterrado en la húmeda hierba.

A cada lado de la entrada dos grandes parejas de desnudos y pétreos atletas se alzan hombro con hombro. Resulta característico de la curiosa vena de pudibundez burguesa (incluso cuando miles de judíos desnudos eran llevados diariamente a las cámaras de gas) que había en los nazis el que esos cuerpos no lleguen a tocarse; también es significativo —si se tiene en cuenta todo lo que sucedió allí y en toda la Alemania de Hitler— el hecho de que, bajo la poderosa musculatura, sus genitales sean tan desproporcionadamente modestos como los del Adán de Miguel Ángel.

En la gran cancha no hay más que tres o cuatro escolares que saltan desde un trampolín. Sus voces se perciben con claridad en los graderíos. Esto es lo que quedó: incluso en las últimas filas se puede percibir cada palabra que se pronuncie abajo, cada chirrido y el mismo rumor de los pies de los atletas. Esta acústica desencadena el repentino y dominador deseo de ponerla a prueba, de gritar desde la saliente tribuna en donde se alzaba el Austríaco, de dar órdenes que despierten ecos, de provocar con la propia voz la respuesta de un rugido de cien mil gargantas.

EN LA PROXIMA SEMANA:

VISPERAS DE LA  
GUERRA Y LA NOCHE DE  
LOS CUCHILLOS LARGOS

NOTA: La semana pasada se aludía, por error, al final del reportaje, a una fotografía que aparecerá en la próxima entrega.



Colonia  
*Nenuca*  
el primer placer  
del recién nacido.

Jabón líquido  
*Nenuca*  
no escuece a los  
ojos por ser su  
reacción ácida  
igual a la lágrima  
del niño.

Un baño con PRODUCTOS *Nenuca*  
es un baño sin rabieta.

# Nenuca